

Una patena de vidrio visigoda

por P. M. de Artíñano.

El día 11 de Mayo de 1922, labrando un olivar en el calar de la Señora del Arroyo del Ojanco, término de Beas, en la provincia de Jaén, fué encontrada, en unión de otros vidrios, una pieza, desgraciadamente rota e incompleta, pero cuyos fragmentos permiten darse cuenta exacta de lo que pudo ser el ejemplar entero.

Propiedad del infatigable explorador don Tomás Román y Pulido, quien desde un principio pensó ofrecerla para mi modesta colección, después de curiosas vicisitudes que no hacen al caso, fué adquirida por mí en los comienzos del último verano.

Se trata de una bandeja, rectangular, de vidrio azul intenso, obtenida por moldeo, de unos 30 centímetros de longitud por 12,5 de ancho, y un espesor variable, que puede llegar a 6,5 milímetros. Un borde rectangular de unos 24 por 12 centímetros limita la superficie útil, que se prolonga en los lados menores por una especie de aletas o asas planas, recortadas en sencillas volutas simétricas. La superficie de la bandeja no es lisa; desde el borde, puede tener unos 2 milímetros, alcanza el espesor máximo, desciende rápidamente la superficie en un pronunciado plano inclinado hasta quedar con un espesor mínimo de unos 3 milímetros, aumentando nuevamente hacia el centro para llegar a 6, a una distancia del borde que es variable según el dibujo y que puede ser mucho más o poco menos de unos 4 centímetros; aquí se marca un nuevo descenso para trazar en bajorelieve, sin modulaciones ni detalles, la silueta de un pez.

Junto con este ejemplar fueron encontrados los restos de una gran vasija de vidrio, de espesor considerable, ligeramente verdoso, al parecer de forma aproximadamente esférica, tan incompleta y fraccionada, que es imposible intentar una reconstitu-

ción; en cambio, pudo lograrse entera una botella o frasco piriforme, de 12,5 centímetros de alto, correspondiendo su forma al número 38 de la clasificación de Anton von Kisa y menos exactamente al número 269 del Catálogo de la Colección Amatller; se encontraron también el largo cuello y otro fragmento de una pieza que pudo ser parecida al 47 de la Colección Amatller, pero de dimensión doble, pues la parte cilíndrica alcanza unos 18 centímetros de longitud; por fin, abundantes, pero descabalados pedazos, de un frasco para bálsamo, azul con bucles o plumas de hilo amarillo, blanco, etcétera, de tipo de fabricación fenicia, pieza que debió ser de excepcionales proporciones teniendo en cuenta el tamaño de estos ejemplares.

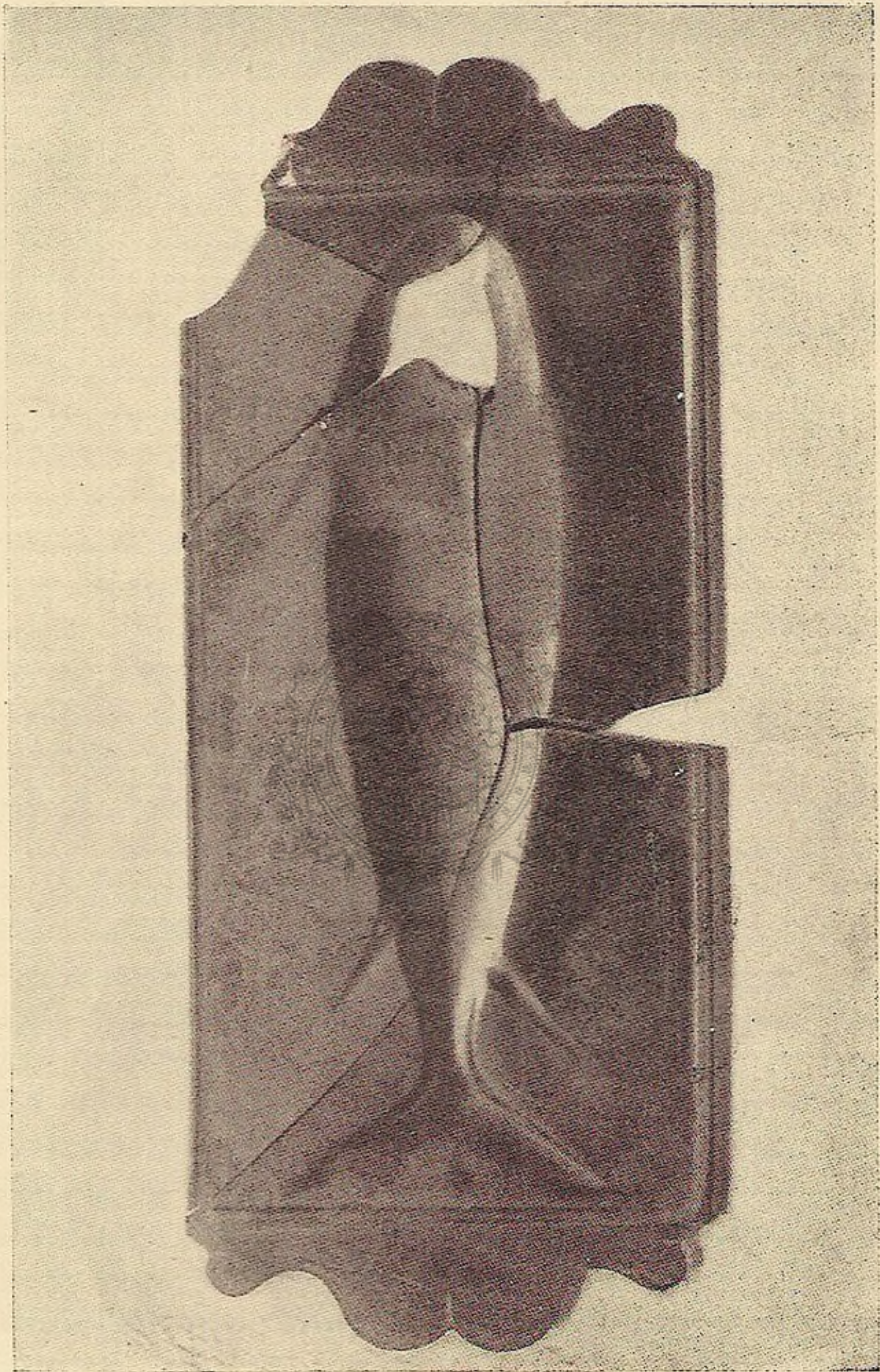
La impresión que produce el vidrio descrito es que se trata de una patena romano-cristiana, tal vez de época poco distante del siglo II. En aquellos tiempos era la patena un recipiente de forma plana, destinado a contener el pan que debía consagrarse, siendo su característica la de tener muy poco fondo, correspondiendo sus tipos más o menos al «catinun» de los antiguos.

Las patenas, como dice M. Gudiol (1), «se hicieron de metal precioso o *de vidrio*. Los panes que en las patenas debían consagrarse eran exteriormente iguales a los de uso cotidiano, de forma redonda, acercándose a la semiesfera no muy gruesa y dividida de antemano por dos tajos que se cruzaban y formaban cuatro pedazos», y en la página 173 añade: «Durante el siglo VI desaparecieron las patenas de vidrio, quedando casi solamente las hechas de metal, no sólo en forma circular, sino también octogonal y cuadradas».

La figura del pez hace pensar en una pieza cristiana y litúrgica de los primeros tiempos del Cristianismo, con la representación material del símbolo de Cristo, porque la palabra Ictus ΙΧΘΥΣ, reúne en griego las letras iniciales de estas palabras Jesus Cristo, acróstico vulgarizado en la actualidad, fué conocido a mediados del siglo XIX gracias a las transcripciones de los escritos de San Optat y San Próspero, el primero de los cuales dice que este nombre reúne él solo en su conjunto las iniciales de una serie de nombres sagrados, y significa, Jesús Cristo, Hijo de Dios Salvador Nuestro.

Siguiendo las opiniones de Rossi, resultaría la pieza concretamente definida en cuanto a época, pues afirma que la figura del pez como arcano se usó exclusivamente en los primeros siglos y

(1) *Nociones de Arqueología sagrada catalana*, págs. 121 y 122.



Vidrio visigótico.

desaparece a partir de la paz de Constantino; pero la obra de Dölger (1) demuestra que no es rigurosamente exacto lo afirmado por Rossi, pues por una parte, el pez ha sido empleado como símbolo antes del Cristianismo, y por otra, ha seguido usándose su representación durante siglos posteriores a la paz de Constantino.

Así vemos que algunos pueblos orientales tenían al pez por animal sagrado y divino, y la leyenda índica del Diluvio habla de un pez maravilloso salvador del padre del linaje humano.

En Egipto, diversas especies de peces se consideraron sagradas. Los sacerdotes se abstenían en absoluto de comer pescado, y aunque todos los egipcios comían un pez asado delante de la puerta de su casa el día noveno del primer mes, los sacerdotes en esta ocasión no probaban bocado. Cerca de Esne, la antigua ciudad de Lato-polis, se han encontrado muchas momias de pescados, y según el Libro de los Muertos, creyeron guía del barco solar en su camino por el Océano celeste.

Para nuestro caso, todas estas remotas supersticiones tienen un interés muy secundario, pero indudablemente las tradiciones de los pueblos semíticos tuvieron, en cambio, influencia mucho más decisiva sobre el símbolo cristiano.

En las pinturas de las Catacumbas judías aparecen representados peces junto al pan, que seguramente tiene por base la antigua costumbre judía, que hoy todavía subsiste en Oriente, de comer pescado los sábados y los días de fiesta.

En los monumentos babilónicos y asirios, los sacerdotes aparecen cubiertos con una gran piel de pez. En Siria son numerosos y significativos los testimonios del carácter sagrado que se le atribuye. Los filisteos representaron a Dagón como hombre pez. Astargatis debe su vida a los peces, de los que los asirios hicieron pequeñas imágenes de oro y plata, venerándolas como protectoras de sus casas, con tal profusión, que algunos de aquellos ejemplares han llegado hasta nuestros Museos, criábase gran cantidad de peces sagrados en estanques cercanos a los templos dedicados a la diosa Astargatis, y hasta se cuenta que en Hierápolis se acercaban al llamarlos por sus nombres, alimentándose en Siria anguilas mansas que llevaban anillos y brazaletes de oro. Los sirios se abstuvieron de comer pescado, tan temerosamente como los judíos de comer carne

(1) DER HEILIGEFISCH. (Munster in Westf. 1922.)

de cerdo, siendo curioso que en el Asia Menor, y muy principalmente en Siria, sigue manteniéndose en la actualidad el antiguo respeto hacia los peces sagrados que viven cerca de las mezquitas, en fuentes determinadas, peces que no se permite coger. Hoy todavía los turcos apenas comen pescado.

Esta veneración religiosa de los fenicios hacia el pez aparece demostrada también en los monumentos púnicos, cosa que nada tiene de raro en un pueblo donde la navegación y la vida en el mar es el fundamento de su engrandecimiento; y para nuestro problema el caso tiene la mayor importancia, porque en monumentos púnicos, o por lo menos encontrados en el Norte de Africa, es donde con frecuencia está representado el pez dentro o al lado de la patena, junto al pan destinado a la comida dividido en tajos radiales, de modo parecido a como indicaba M. Gudiol, y así concretamente puede verse en monumentos muy curiosos reproducidos por Dölger, trabajados en el Norte de Africa y que corresponden al siglo V o VI de nuestra Era. Allí se encuentran reproducidas bandejas de forma muy similar a la nuestra, en donde figuran uno o varios peces, ejemplares que indiscutiblemente tienen una relación de parentesco bastante estrecha con nuestra patena de vidrio azul encontrada en Jaén.

Queda, por lo tanto, demostrado que existe un conjunto considerable de antecedentes, que han podido tener una influencia sobre la acepción eclesiástica, mucho más si se tiene en cuenta que el símbolo del ictys tiene su origen en Siria, donde, además, sus monumentos son más numerosos que en cualquier otra provincia romana.

Está comprobado que a fines del siglo II se conoce y representa a Cristo bajo el signo del pez en todo el mundo romano. Para la Frigia, lo prueba la escritura de Aberciosin; para la Galia, el apógrafo del Pectorius de Autun; para Africa, Tertuliano; para Egipto, Orígenes en sus escritos acerca del Evangelio de San Mateo, hacia el año 276. En Roma, las pinturas de las catacumbas se remontan al siglo II.

Ya en estos antiguos testimonios, el pez es un símbolo de la Eucaristía.

Para la primitiva Iglesia, es Cristo el pez que se come en la Eucaristía, porque los cristianos, en contra de los misterios orientales o, mejor, sirios, llamaron a Jesús el Gran Pez Puro, cuya carne

debía alimentar, santificar y salvar a todos los creyentes. Igualmente el pez ha tenido en esa época una relación grande con el Sacramento del Bautismo, como lo confirma poco después del año 200 Tertuliano. Así, a los recién convertidos se les llamaba generalmente peces.

Durante la época de Domiciano, se verificó en Alejandría una acuñación de moneda, en la cual se hace uso de abreviaturas, tan corrientes en la epigrafía romana, y en ellas se usan las palabras: Hijo de Dios Salvador, que corresponden a las tres últimas del acróstico. Seguramente que los cristianos, en oposición a este título del Emperador, inician y completan el acróstico, al que se añaden las iniciales de las dos palabras Jesús Cristo con lo que se completan las letras de la palabra $\rho\chi\theta\upsilon\varsigma$, pez, usándose ésta tanto como protesta contra la política imperial como por veneración a Cristo N. S.

Y debió de lograr fortuna la combinación, porque es curioso hacer constar que Tertuliano lo supone generalmente conocido en el mundo cristiano hacia el año 200.

Parece ser que al juego de letras que forma el acróstico dió verdaderamente calor el ambiente religioso de Siria, por lo que se refiere al pez, siendo la combinación una consecuencia, no la causa, del símbolo, pero con la particularidad de que pronto eclipsó su primitivo origen y quedó solamente como símbolo cristiano; y de lo que tampoco cabe duda es de que ya, en los siglos IV y V, las escrituras aplican generalmente el «Ictius» representándolo como una síntesis de los nombres de Cristo, y seguro también que ya en el siglo VI decae el uso del acróstico, y el símbolo cae en absoluto en olvido.

Las condiciones especiales de la pasta del ejemplar que estamos estudiando indujeron a realizar un análisis minucioso de sus elementos, habiendo llegado al resultado que a continuación se detalla:

Sílice ($S_1 O$)	67,20
Alúmina ($Al_2 O_3$)	2,50
Oxido férrico ($Fe_2 O_3$)	3,60
Oxido de cobalto (Co O)	0,30
Oxido de cobre (Cu O)	0,35
Oxido de plomo (Pb O)	0,80
Oxido de manganeso ($Mn_2 O_3$)	0,70
Cal (Ca O)	9,70

Magnesia (Mg O)	0,60
Potasa (K ₂ O)	3,30
Sosa (Na ₂ O)	10,85

Resulta conveniente el conocimiento de los distintos elementos y sus valores cuando sabemos que un vidrio romano de composición normal, por ejemplo, los análisis de León Appert y Julio Henrivaux sobre vidrios encontrados en Pompeya, dan una serie de proporciones que resulta interesante compararlas con las obtenidas en nuestro caso:

	Vidrios pompeyun.	Patena.	Diferencia.	
Sílice (Si O)	69,43	67,20	— 2,23	3,31
Alúmina (Al ₂ O ₃)	2,55	2,50	— 0,05	2,00
Oxido férrico (Fe ₂ O ₃)	1,15	3,60	+ 2,45	68,00
Oxido cobalto (Co O)	—	0,30	+ 0,30	100,00
Oxido cobre (Cu O)	trazas	0,35	+ 0,35	100,00
Oxido plomo (Pb O)	—	0,80	+ 0,80	100,00
Oxido manganeso (Mn ₂ O ₃)	0,39	0,70	+ 0,31	43,70
Cal (Ca O)	7,34	9,70	2,36	24,00
Magnesia (Mg O)	—	0,60	0,60	100,00
Potasa (K ₂ O)	—	3,30	3,30	100,00
Sosa (Na ₂ O)	17,21	10,85	— 6,36	58,00

Desde luego, la diferencia en la proporción de sílice es insignificante para que pueda considerarse el vidrio como de calidad distinta al tipo romano.

La suma de los álcalis que aparecen en las muestras de Pompeya representa en conjunto un valor de 24,55 %, y los compuestos básicos del ejemplar que examinamos, el 25,15 %. La diferencia, por lo tanto, es insignificante, pero, en cambio, es muy marcada, si tenemos en cuenta que la proporción de sosa en el vidrio romano es un 17,21 %, y la de cal, un 7,34 %, mientras que en nuestro ejemplar estos cuerpos representan un 10,85 % y un 9,70 %, lo que supone cambiada la preponderancia de estos dos elementos, y si se añade que la patena española tiene, además, un 3,30 % de potasa y un 0,60 % de magnesia, que no presentan los romanos, se comprenderá perfectamente la diferencia.

Tal vez en compensación de lo dicho, sea conveniente advertir que es posible que en el análisis de los vidrios pompeyanos, las sales potásicas y la magnesia viniesen incluídas dentro del 17,21 % de sosa, sin que el operador considerase que valía la pena de llegar al detalle, en cuyo caso la diferencia quedaría muy atenuada.

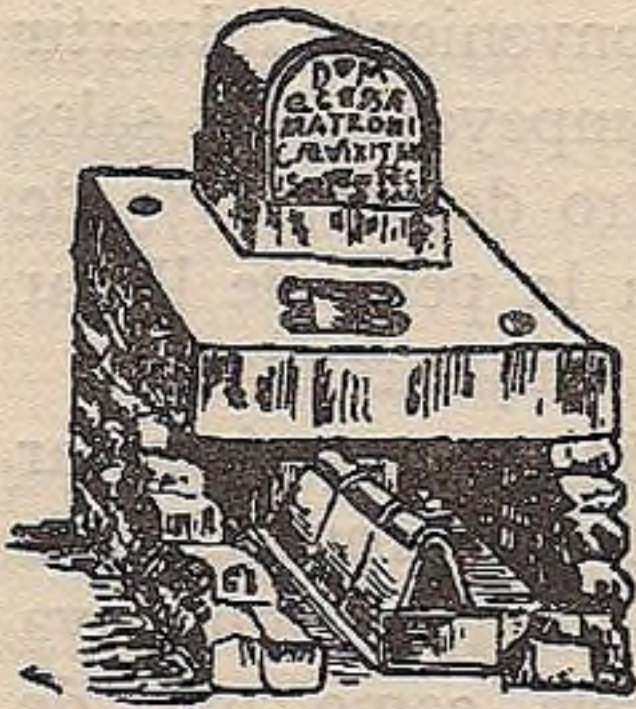
Resulta una verdadera curiosidad la aparición en este ejemplar de una cantidad de óxido de plomo, aun cuando la proporción es tan reducida que no se puede suponer que su interposición haya sido premeditada, y más bien debe reputársela como una de tantas impurezas intercaladas en los distintos óxidos metálicos que aparecen en la muestra.

No es la primera vez que en fechas muy anteriores al descubrimiento del cristal en Inglaterra, se encuentran cantidades de plomo en la composición de los vidrios, sin que ello quiera suponer otra cosa que una curiosidad, porque no es necesario recordar aquí que la proporción de óxido de plomo en un cristal normal, es algo poco distinto de 1/3 de la composición total en valores, que oscilan desde el 28 % al 38 % del total de la pasta y una pequeñísima interposición de un 0,80 % no ha podido en ningún caso modificar la composición del vidrio en su grado de fusibilidad, hasta el límite de transformarlo en cristal.

En cambio, no cabe duda de que sí ha tenido importancia esta cantidad de plomo; la multiplicidad de óxidos metálicos que aparecen en la muestra y la multiplicidad también de álcalis del ejemplar, por lo que la fusibilidad del conjunto resulta mucho más baja que la corriente de un vidrio normal, ha dado como consecuencia la pasta mucho más homogénea y más fina de lo que seguramente hubiera sido a estas horas una pieza de composición normal.

Es de un interés grande, también, el hacer constar que en el ejemplar se superponen los dos procedimientos para la obtención del vidrio azul: la introducción de una cantidad de óxido de cobalto y la adición de una pequeña cantidad también de óxido de cobre. Este último sistema de llegar al azul, hubiese producido como resultado un vidrio que, por transparencia, presentaría una entonación vinosa, si no se le hubiese añadido en proporciones considerables una cantidad de óxido de hierro que da al objeto el tono de azul neutro más exquisito.

Desde este punto de vista, el vidrio que examinamos al sumar el óxido de cobalto al cobre y al hierro, y al hacerlo en las propor-



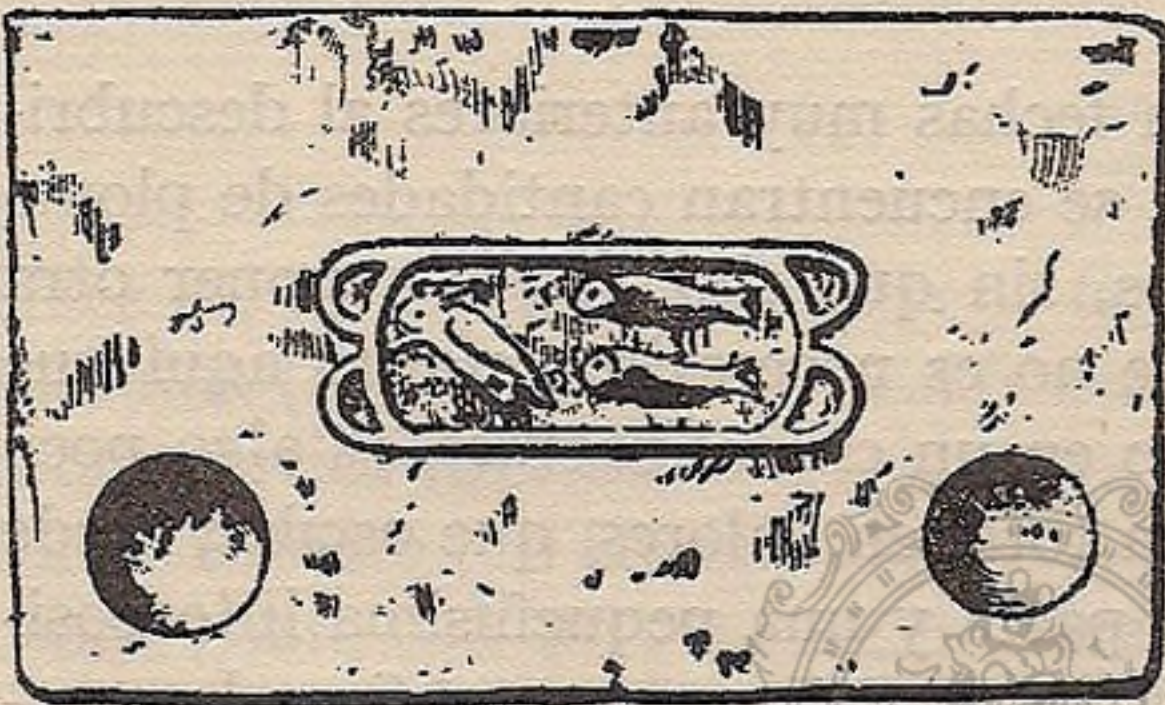
1



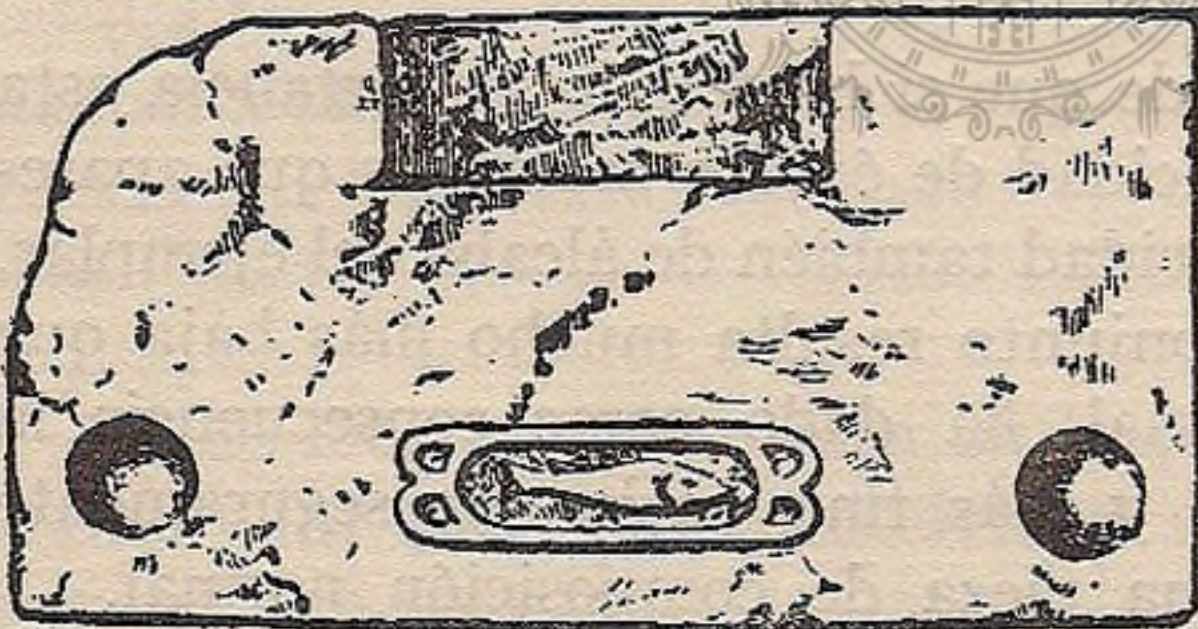
2



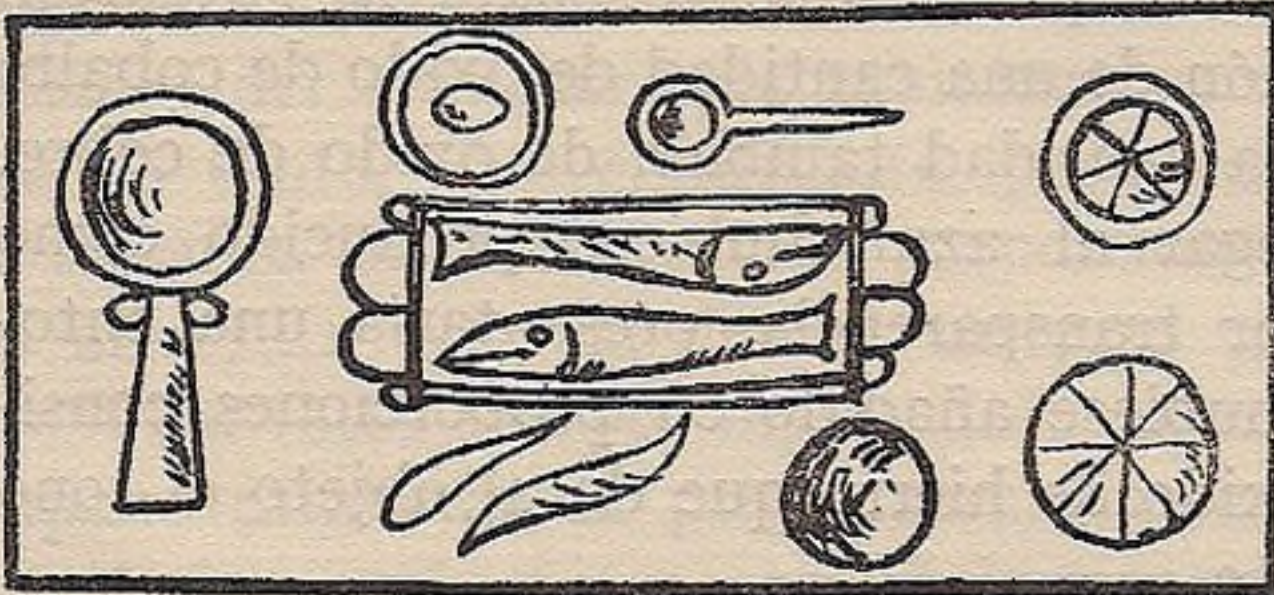
4



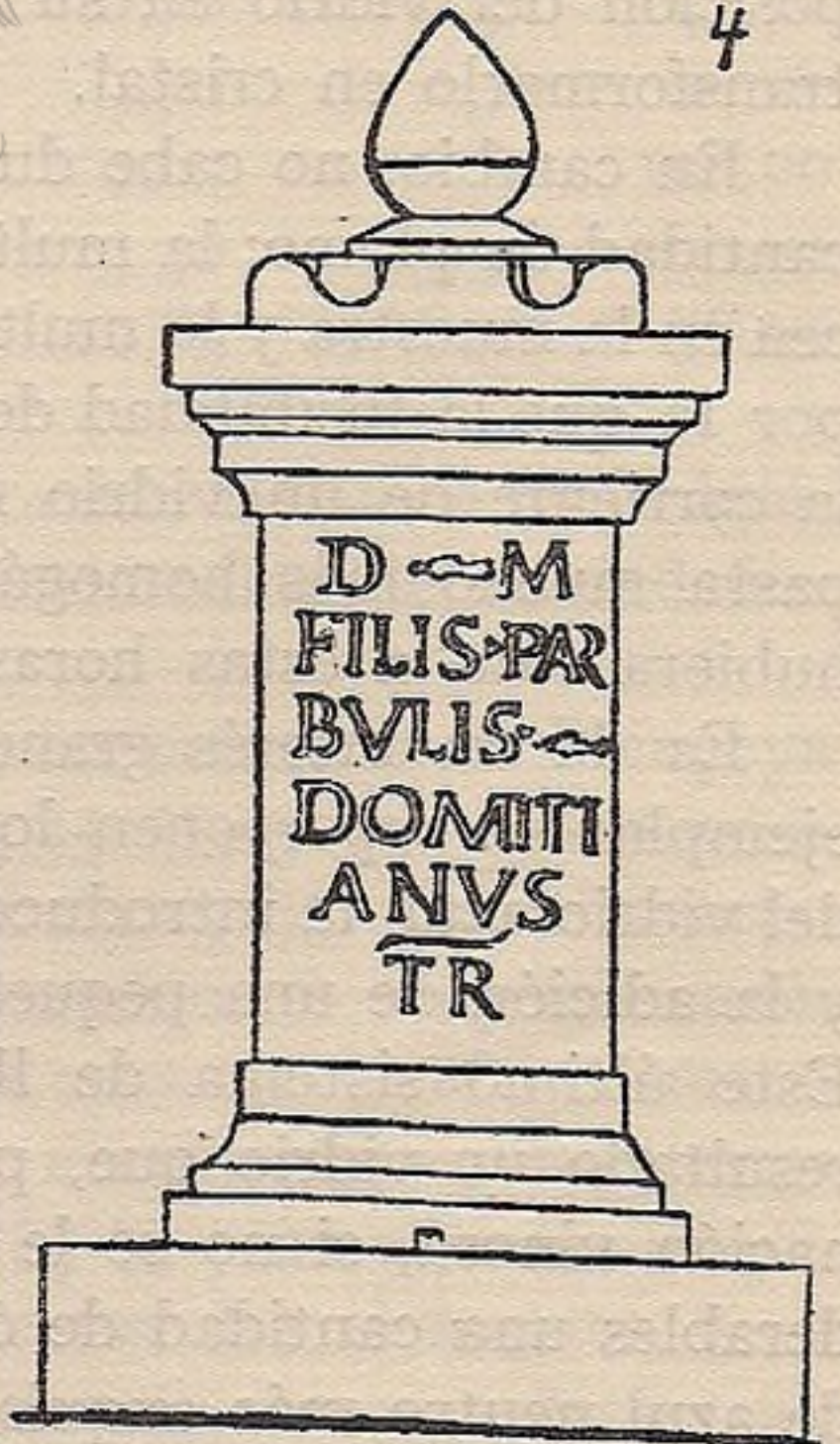
3



5



6



7

Grabados de la obra de Dölger *Der Heilige Fisch*.

ciones en que se encuentran, resulta lo que en los momentos actuales se denomina vidrio azul neutro, adecuado para pantallas cromáticas de usos especiales en óptica.

Con toda independencia a otro género de consideraciones, debemos recordar en este momento que cuando se pretende obtener un verde en condiciones parecidas al azul de que hacemos aquí mención, suelen interponerse cantidades de cobre y de hierro con valores absolutos iguales a los que se encuentran en este ejemplar, pero invertidos; es decir, que si la proporción en que se añadió el óxido de cobre y el óxido de hierro se cambian, añadiendo un 3,60 % de óxido de cobre y un 0,35 % de óxido férrico, hubiéramos obtenido un verde mate intenso muy curioso, distinto del verde botella a que estamos tan acostumbrados, y que precisamente es casi exacta la coloración que presenta una pieza de pasta de vidrio de mi colección, de unos 15 centímetros de altura, que corresponde al número 19 de la clasificación Kisa o al número 241 de la Colección Ametller, y en cuya superficie se encuentran unos restos indudables de lámina de oro, incrustada sobre el vidrio aún caliente, que corresponden a una técnica que estuvo en vigor durante los primeros siglos que sucedieron a la época de las Catacumbas; en España, seguramente a la última época de la dominación visigoda. La coincidencia de la pasta, la curiosidad de las proporciones en que pudieron obtenerse aquel verde y este azul, y el hecho de haber encontrado Dölger (1) en el Norte de Africa, comarca en aquel momento, absolutamente ligada a nuestra civilización y a nuestra industria, aras en las cuales se representa siempre una bandeja de forma alargada, sensiblemente rectangular, con asas lobuladas en los extremos, con uno o con varios peces trazados sobre la superficie de la bandeja o patena, detalles todos que, además, no se repiten ni en otras épocas en la misma región, ni en otras regiones en ningún tiempo, hacen suponer muy fundadamente que el ejemplar, contra lo que en un principio parecía, no es una pieza litúrgica de la época del Cristianismo oculto, anterior por lo tanto a Constantino, sino que se trata de un objeto contemporáneo de los que cita Dölger, es decir, del siglo V al VI, anterior a la dominación árabe del Norte de Africa, en pleno poderío visigodo en nuestra península.

(1) Obra ya citada anteriormente.

Por si quedase duda sobre el particular, conviene añadir que el «pez» tan sólo en una ocasión figura en las inscripciones latinas halladas en España, y ésta corresponde a una lápida encontrada en la capilla de Santa María la Antigua, a dos leguas de Medellín, en un epitafio que tiene la fecha de 20 de Enero del 585 (1).

De ser así, lo que no excluye el uso litúrgico del ejemplar, éste tendría una importancia y una curiosidad extraordinarias, por venir a definir, cosa hasta ahora nada más que problemática, las piezas de vidrio visigodas, de que habla San Isidoro en sus Etimologías, que tan sólo han llegado hasta nosotros en los hallazgos de las excavaciones de Carpio del Tajo, en las Coronas de Guarrazar y en general, en los poquísimos ejemplares visigodos españoles que hoy se conservan.

(1) Noticia que debo a D. José Ferrándis, quien la tomó de Hübner, página 13, n.º 43, y Fita, *Bol. Ac. Historia*, 1894. T. XXV, pág. 142.

